

EL CINE Y EL DELITO

LA Delegación, en Cienfuegos, del Bando de Piedad, elevó ante el señor Alcalde un memorial muy interesante. En él pide a las autoridades que prohiban a los menores de edad la entrada a los cinematógrafos, cuando en éstos se estén exhibiendo películas de dramas policíacos y pasionales. Porque, según afirma esa institución, comienzan a presentarse, *a diario y en toda la República, múltiples casos* de delincuencia infantil.

El Bando de Piedad, quizá exagera un poco al atribuir al admirable aparato de la fotografía en movimiento las absolutas responsabilidades en el aumento de la criminalidad de los niños cubanos.

Aquí, como en todas partes, ese fenómeno es revelador de un morboso estado social, cuyos

núcleos deberán combatirse en el ambiente familiar.

Muy en el fondo de las agrupaciones civilizadas, bullen las corrientes ocultas, las *ondas muertas*, las aguas impuras del crimen. Abajo, escondido en su madriguera, está, en acecho continuo, el lobo humano. Allí están asimismo sus cachorros listos para el aprendizaje.

La chiquillería de estas gentes sórdidas, descuidadas, apáticas, amorales, desarrolla sus instintos en un ambiente envenenado. Se cría respirando los gérmenes del delito; viendo y oyendo las cosas más contrarias al principio de probidad en el que se asienta, como en firme y segura base, el edificio social.

Fuera de los misterios de la herencia, pero ayudando a sus leyes fatales, el constante ejemplo del mal va poco a poco inclinando a estas infancias desventuradas hacia el lado de la haraganería, del aborrecimiento al trabajo, del ataque a la propiedad y a la vida.

Desde temprano estas criaturas empiezan a construir trampas de fullerías, engaños de astucia. Desde temprano juegan a *hacer el ladrón*, y su malicia toma aspecto de perversidad. Y, adiestrándose en la gimnasia del pillaje, imitan a los hombres con una perspicacia no exenta, a

veces, de inexperto candor. La maldad en el niño está frecuentemente tramada de ingenuidad. Tiene perfiles de repugnante travesura. Un ladronzuelo, un Pedro de Urdemalas, un Ginesillo de Pasamonte, cuando siente la garra del gendarme sobre su cuello, suele echarse a llorar como si sintiese la zurribanda maternal.

Si, la imitación es la seducción, es la preparación, es la educación. La casa es, en muchas ocasiones, la escuela del crimen. Y de la casa a la calle hay sucesivas estaciones de contagio. Una de ellas es la que el Bando de Piedad señala: el cinematógrafo. Bernardo Saw encuentra que el espectáculo de la pantalla luminosa, reglamentado lo mismo en todas partes, ha normalizado una moral adaptable a todos los medios, ha obligado a todas las fábulas de *film* a presentar triunfante la virtud y castigado el vicio, y, por tanto, ha falseado la vida, y su obra es dañosa por mentirosa. Así me hablaba un amigo mío en noches pasadas.

Mas tal daño, si es que existe—lo que sería discutible—, es menor probablemente a éste que señaló el Bando de Piedad. En efecto: al desenvolverse la acción de un drama policíaco se entabla el combate, la lucha a muerte de Sherlock y Fantomas, del *detective* y el bandido, de la so-

riedad y el insociable, del Bien y del Mal, en suma. Las autoridades obligan a que triunfe el Bien. Pero las peripecias, los incidentes, las aventuras, muestran, enseñan, la audacia y el ingenio con que el Mal se defiende; los infernales proyectos, las diabólicas combinaciones, los sutiles engaños, las prodigiosas redes para cazar incautos, las increíbles artimañas para ocultar infamias, las mil y tres maneras de escamotear el delito y de ensayar la prestidigitación del asesinato.

Y si de lo policíaco pasamos a lo pasional, la acusación resulta más justificada todavía. Nada que subyugue como el desbordamiento extraordinario de los ímpetus de la pasión y de la fuerza. El amor celoso, el aborrecimiento enfurecido, la cavilosa venganza, interesan, más que repugnan, en el culebreo agitado de la acción. Es como si en tiniebla densísima viéramos por instantes un centelleo de átomos refulgentes. Los abismos son pavorosos, pero atraen. Parecen bocas que nos llaman. En la película, las pasiones bregan con una ansiedad desenfrenada. Necesitan substituir la ausencia de la palabra con el exceso de la mímica. Y para causar en los espectadores un efecto profundo es preciso amplificar el gesto. Los ojos quedan clavados, como

hipnotizados, frente a aquellas mudas tragedias que, por su absurdo y pueril enredo, son a modo de folletines fotográficos.

Y entonces sucede que las dormidas inclinaciones, las maldades aletargadas, despiertan dentro de algunos espíritus oscuros que sienten, ante el cuadro iluminado de la pantalla, una especie de invitación a realizar los posibles episodios y a transportarlos de la imaginación a la vida.

Indudablemente que se trata de una forma, tanto más peligrosa cuanto más brillante, de contagio de criminalidad. Para cierta clase de almas fantaseadoras y sugeribles, el drama policíaco y el pasional son incentivos. Revuelven y estimulan el fango asentado en el fondo de su corazón. Invitan a observar el mundo por el lado pecaminoso y maligno. Y así también se falsea el concepto social y se tuerce el concepto humano.

No; por fortuna, la vida no es como nos la presenta, en abominable caricatura, el cinematógrafo con la exhibición de sus novelas policíacas y pasionales, llenas de puertas secretas, de pozos de tormento, de muebles de resorte, de pisos que se hundan, de muros huecos, de escotillones y transformaciones, de escalos nocturnos, de plagios espeluznantes, de caballeros de indus.

tria, de mujeres ladronas, de tabernas de *apaches*, de cuevas de foragidos. No; la vida no es así!

Pero el cinematógrafo y la novela barata, y el melodrama de barrio, así la desfiguran para explotar ese anhelo del cuento extraordinario, de la narración extravagante, de la impensada aventura, de la película sangrienta; esa ansiedad, cándida y perversa a un tiempo, que se agita sordamente en algunas nebulosas conciencias.

A muchos hombres puede causar daño ese espectáculo. A muchos niños también. Para ir al libro insano es preciso dominar la pereza de leer; para asistir al malévolto melodrama es urgente atender la sugestión de la palabra que explica y comenta la acción; para asistir al *film* policíaco, no se necesita mas que un poco de calderilla en el bolsillo y otro poco de salud en los ojos.

Y sucede por eso que la propaganda del delito tiene más eficacia en la película que en el libro y en el escenario.

El memorial del Bando de Piedad hace, dentro de su misión de altruismo y perfeccionamiento, una acusación justa. Hay en las razones de su memorial una verdad sincera. El cinematógrafo no es el único responsable; no es el autor de la delincuencia. Pero es uno de sus cómplices.

ces. Y no la delata una hipócrita mojigatería, sino que lo denuncia una sana y alta moral. Que se juzgue a ese delincuente. Vamos! Al banquillo...

EL HEROÍSMO Y LA FRIVOLIDAD

EL ambiente de la metrópoli es frívolo. Esta es la observación que anda de boca en boca. Es la frase hecha, el concepto repetido, la moneda corriente, el estribillo de la balada. Es cosa vulgar ver cómo la opinión pública recibe la sugestión de un grupo o de un individuo, y, sin rápido análisis, sin comprobada observación, sin resistencia ni protesta, admite y propaga una deleznable sentencia, un aforismo falso, una frase vacua, que por efectos de contagio, suelen tomarse, por un período largo o corto, como verdades sintéticas e indiscutibles.

Por eso la llamada opinión pública no es siempre verdadera ni exacta, ni encierra el sentir social, bien definido, sobre los hombres o los acontecimientos. Las multitudes, en su estado normal, en la tranquila actividad de la vida cotidiana, experimentan una especie de pereza, de

adormecimiento de la conciencia que rechaza el trabajo de investigación de los problemas fundamentales y accidentales del vivir. No quieren afanarse en buscar por ellas mismas, y gustan de que esta labor la hagan los directores avisados y expertos—el orador y el periodista—, sobre todos, porque estos dos *meneurs* son los que más directamente y más de prisa se ponen en contacto con el alma colectiva, y la dominan mejor con el supremo recurso de la palabra, que uno arroja al viento en inflexiones conmovedoras, y otro hace volar, con alas de papel, convertida en letra de molde. Por lo general, las muchedumbres tienden, no a formular la opinión, sino a que se la den ya hecha y aderezada. Esto que en la regularidad de la existencia sucede a menudo, se exagera poderosamente en horas de pasión y desorientación. Y entonces los directores toman el trágico y peligroso aspecto de agitadores. Entonces la locura se respira como un miasma, y las masas se levantan en un ciego frenesí destructor como de mar sacudido por la tormenta.

Mas si la opinión pública no siempre es verdadera, es, en cambio, avasalladora. ¡Guay de los que se opongan a sus fallos definitivos! A esos les acaecerá lo que a los príncipes faraónicos en la oda de Herrera: que cubrieron,

«los abismos del mar, y descendieron
cual piedra en el profundo; y tu ira, luego
los tragó, como arista seca el fuego.»

No he de ser yo quien desafíe la caudalosa corriente que va por la superficie con apariencias de mansa, pero que tiene fuerza incalculable para romper diques y saltar valladares. No he de ser quien alce la voz cuando habla la opinión, porque además de inútil sería ridículo. La opinión pública tiene voz tan robusta y tremenda que las gentes, un día, la creyeron la misma voz de Dios. Repita, pues, la opinión, el estribillo de su balada, que, a fuer de prudente, he de callar, más taimado que convencido. Este país que me da tan cariñosa hospitalidad, que me acoge en el palacio áureo de su sol, y que me ofrece, para recreo y consolación de mi destierro, sus playas ardientes, sus palmas sonoras, la visión joyante de su mar infinito, el milagro de su cielo deslumbrador y el desfile de ensueño de sus mujeres, que tienen del cielo y del mar, de la onda y de la nube; este país, que me despierta con una gran sonrisa de luz por las mañanas, y por las noches me despide con el suspiro, de fresca paradisiaca, de sus brisas; este país, que sabe reír y cantar frente a mis impertinentes melancolías, no

debe ser analizado por mí; debe ser exaltado, admirado, cantado, sentido siempre aquí, a corazón abierto, para ser recordado y evocado, quizá, en futuras meditaciones, como una aparición maravillosa, como un prestigio celestial, bajo el techo de la casa paterna.

No puedo, sin embargo, rehusarme a expresar lo que en mi interior pugna por abrirse paso, tímidamente, a través de la voz gigantesca de la opinión pública. No la contrario con atrevimiento; pero tampoco he de seguirla con obediencia. Y es que — he de confesarlo — no estoy de acuerdo con lo absoluto de la proposición. Y, al margen de ella, anoto mis observaciones, como estudiante ramplón que se atreve a poner escolios al texto clásico, explicado por el maestro con profunda sabiduría.

Y afirmo que por este ambiente de frivolidad he visto pasar, no una, muchas veces, incesantemente, las cosas más serias de este mundo: la cultura, el amor a la cultura, la fe en la cultura, la esperanza en la cultura.

Me explico, vagamente, el fenómeno. La ge-

neración anterior a ésta, fué de acción, de vibración, de pasión. Un delirante sueño de libertad, ponía sobre las cabezas que salían del oscuro y común nivel una lengua de fuego. Entonces había en los espíritus superiores un sagrado temblor de ideal. Y se ensayaban todas las modalidades, y se seguían todas las rutas y se acaparaban todos los conocimientos, y se practicaban todas las virtudes, y se preparaban todos los heroísmos, y se buscaban todas las abnegaciones, y se esperaban todos los sacrificios. Hora hermosa, dolorosa, luminosa; hora única en los pueblos que presienten su porvenir y van a él arrastrados por la fascinación de sus apóstoles y sobre la sangre de sus mártires. Entonces el brazo era un arma, y el pensamiento una llama, y la voluntad un resorte. Todo estaba dispuesto como para recibir una aurora. Se deseaba pensar, saber, ejecutar, sentir, nada más para una sola y soberana realización. Todo giraba en torno de un anhelo sofocante. Así fueron tribunos y soldados, y publicistas y poetas; así ensancharon su alma en todas direcciones, como la estrella de los vientos, esos hombres admirables, rendidos y trágicos enamorados de la libertad. Esa es la generación anterior.

Y viene luego otra a disfrutar de los benefi-

cios adquiridos, de la grandeza conquistada, de la riqueza, de la inapreciable riqueza de sentirse libre, del tesoro que en sus manos ponían, otras manos esforzadas y heridas en la lucha. Y ese tesoro llevaba, como en el cuento de Daudet, fragmentos de cerebro ensangrentado.

El bienestar, enerva un poco. La gloria adula el orgullo. El triunfo invita al placer. La paz adormece las energías. La vida social, no obstante, corre por debajo de la tierra, cubierta, como un jardín de mayo, de flores que impregnan el aire de capitosas fragancias: el clavel, sensual; el mirto, voluptuoso; la rosa, frívola.

La vida hace correr sus savias y sus jugos, y prepara los frutos del verano.

Y los frutos vienen. Yo los he visto, y estoy asistiendo a su silencioso y generoso desarrollo. La generación que se presenta ha comprendido la incalculable responsabilidad que sobre ella arrojan un pasado de lucha, un presente de preparación y un futuro de regeneración y de reconstrucción.

La juventud cubana, en sus grupos de selección, se asocia. Ha llegado a la existencia, con

la serena gravedad de un sol que sube, con la sana alegría de un arbusto que crece.

Recuerdo, que días, casi horas después de haber llegado a este país, escribí esta parrafada:

«Estoy encantado. Y—lo diré sin ambages— hasta un poco sorprendido. Hay en la Habana un núcleo cultural verdaderamente admirable. Yo sabía de él, y me interesaba sobremanera; pero no creía que fuese tan nutrido y alto. Tal vez calculé bien en cuanto a la extensión; pero me equivoqué en cuanto a la intensidad. Mi veneración por Enrique José Varona es vieja. De antaño tengo a este pensador glorioso por un maestro incomparable. Mi admiración por Manuel Sanguily no es nueva tampoco. El espíritu penetrante, incisivo y sutil de este hombre de letras me sedujo desde hace tiempo. No conozco muchos escritos de Sanguily, mas en los que ávidamente he leído, me pareció ver y sentir — luz y herida — la punta de diamante de una ironía genial. Y estos literatos y otros oradores, y el cortejo de líricos excelsos que dan a Cuba un primer puesto en el cuadro intelectual de la América española, me indicaban que el esfuerzo era poderoso. Lo es más de lo que pude imaginar. Acabo de ver a un puñado de intelectuales que, con una terquedad apostólica, tratan de

atraerse la masa social, en su parte menos im-
preparada para interesarla y obligarla en la ta-
rea de transformación civilizadora. Magna em-
presa. Y al meditar en esto, rememoro triste-
mente el derrumbamiento de aquella fábrica
educativa, levantada en mi país, a toda prisa,
por manos sabias y piadosas; y llegan a mí, re-
veladores, los versos del maestro Ramirez:

«Colmena por el suelo derribada,
¿qué vienen a buscar en tu ruina,
susurrando, tus últimas abejas?»

«¡Error, gran error! Se levantó un palacio de
oro y púrpura sobre arena deleznable y floja...
Pasemos.»

«El Ateneo de la Habana me convence de
que mis cálculos eran inexactos. Repito que aquí
la cultura es más profunda y más noble de lo
que pudiéramos pensar. Aquí se hace elevada
labor mental. Aquí se difunde cuidadosamente
el conocimiento. Aquí se estimula el estudio.
Aquí, los investigadores que llegan a los límites
de la ancianidad, trabajan con igual energía que
en la madurez. Aquí, la juventud que ha salido
apenas de la pubertad, no se da punto de repo-
so, y bulle alrededor del libro, ansiosa de sabi-

duría. No, no son, por ahora, muchos, me lo su-
pongo; pero los que hay son buenos. Y no se
encastillan en académico egoísmo, sino que, por
el contrario, extienden hasta donde pueden su
propaganda bienhechora.»

Este elogio advenedizo que salió de mis la-
bios, amargados aún por recientes tristezas que
se alejan tan lentamente que no parece sino que
jamás han de concluir, este elogio cordial y sin-
cero, fué como una adivinación. Más bien pre-
sentimiento que inferencia, posee la indecisión
del entusiasmo sin la seguridad de la convic-
ción.

El tiempo ha ido desenvolviendo ante mí el
espectáculo curioso por demás de la vida men-
tal de los que quedan de la generación heroica,
y, salvando el frágil puente de la frivolidad ac-
tual, alientan y guían, enseñan y mueven los es-
píritus de la generación que llega, y con ella
fraternizan y a ella se entregan, con la ilusión
sagrada de mirar ensancharse en ella, matillada,
como los ángeles de Tissot, el alma de la Patria.

He aquí que el Ateneo de la Habana vuelve a
emprender sus trabajos con el tesón con que los
empezó hace algunos años. Echa a vuelo las

campanas de las fiestas intelectuales. Llama a los fieles a las ceremonias del progreso. Es preciso ir; y no solamente ir, sino arrastrar a los reacios; enardecer a los indiferentes.

El escepticismo es una enfermedad que desnutre el espíritu. Es la anemia del corazón. Quien sienta este daño no debe cometer el crimen de restregar su llaga en la carne sana de la niñez y la juventud. Debe negar sus dolores. Debe ocultar su cáncer. Debe predicar la salud moral, la religión de la fe, el culto del entusiasmo.

Y por la pujanza del carácter y por la encendida antorcha de la intelectualidad, y por el impulso adorable del sentimiento, se ha de ir transformando el ambiente de frivolidad de que habla la opinión pública, en saludable atmósfera de virtud y de bien. La verdad y la belleza triunfarán en breve.

Que abra sus puertas el Ateneo al aire de la calle. Silencio. Tiene la palabra el doctor González Lanuza.

